

vino hacia ella al galope de su caballo, blandiendo una enorme cachiporra. Al llegar a su lado frenó de golpe.

—¡Eres mi prisionera! — exclamó apeándose.

Alicia estaba asustada, pero temía más por él que por ella misma, y lo observaba ansiosa al verlo montar de nuevo. Así que se hubo acomodado otra vez en la silla, repitió:

—¡Eres mi...!

No pudo acabar. Otra vez fué interrumpido por el mismo grito de: «¡Eh! ¡Eh! ¡Jaque! ¡Jaque!»

Alicia volvióse sobresaltada, sorprendida ante el nuevo enemigo.

Era éste un caballero vestido de blanco, que frenó su caballo al lado de Alicia, y como lo hiciera el caballero rojo, también él desmontó. En seguida montó de nuevo y los dos caballeros, con airado gesto, cruzaron sus miradas.

Alicia los observaba con verdadero azoramiento.

—¡Es mi prisionera! — dijo una vez más el caballero rojo.

—¡Sí, pero yo vengo a rescatarla! — repuso el caballero blanco.

—Entonces nos la tendremos que disputar en una pelea — dijo el caballero rojo al tiempo que echaba mano de su celada, que pendía del arzón, y que era igual a la cabeza de un caballo.

—Espero que sigas las reglas del combate — observó el caballero blanco, colocándose a su vez la celada.

—Lo hago siempre — respondió el caballero rojo, y empezaron a golpearse con tal furia que Alicia tuvo que refugiarse detrás de un árbol, temerosa de que la alcanzara algún porrazo.

—¿Cuáles serán las reglas del combate — se preguntaba Alicia desde su escondite —. Una — prosiguió —

parece ser que cuando un caballero alcanza al otro con un golpe, lo desmonta; y si falla, él es el que cae... Y otra, parece que consiste en agarrar las cachiporras con ambos brazos, como lo hacen Pierrot o Polichinela. ¡Y qué ruido arman cuando caen! ¡Exactamente como las tenazas sobre la chimenea! ¡Y qué quietecitos están los caballos! Dejan que bajen y suban sobre ellos como si fueran tablas.

